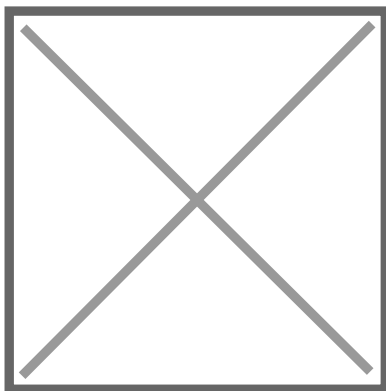




EVOCACIONES CHECAS

El mundo según Seifert

FERNANDO EMMERICH

Las memorias son un género literario cuyo prestigio anda tambaleándose. No inspiran mucha confianza. Concitan la presuntuosa tendencia a colocarse sobre un pedestal, a aminorar las propias faltas y exagerar las de los demás (recuérdese el capítulo que "amistosamente" le dedicó Ernest Hemingway al entonces ya fallecido Scott Fitzgerald en *París era una fiesta*). Además los humanos tenemos mala memoria; así lo han reconocido autores como otros dos Ernestos, Montenegro y Sábato, quienes, en el trance de titular sus respectivas memorias, se condenaron desmemoriados. El perfecto autor de unas memorias habría sido Pines, pero Borges no lo dejó hacerlo. Y no todos logran acatar la inhibitoria realidad de que sus vidas no tienen la importancia que ellos creen tener y que como personajes históricos no se pueden hincar con un Winston Churchill o con un Charles de Gaulle... o con un Augusto Pinochet.

Pero hay memorias en las cuales, aunque no se relaten en ellas episodios tan interesantes como los que animan las de Casanova, hay tal belleza de expresión, hay tanta inteligencia y sabiduría, que superan a las que describen protagónicamente (o pseudo-protagónicamente) los más apasionantes acontecimientos. Así, entre las mejores obras escritas en el siglo veinte se deben incluir varios libros de memorias. Anotemos éstos: *La historia de San Michele*, de Axel Munthe; *El mundo de ayer*, de Stefan

El escritor y Premio Nobel 1984 recrea en estas memorias la bohemia de Praga y sus encuentros con literatos y artistas.

Zweig, y *África mía*, de Karen Blixen (o de Isak Dinesen, como gustan los editores).

Agroguemos a esta lista al checo Jaroslav Seifert (1901-1986), Premio Nobel de Literatura de 1984, que nació, vivió y murió en Praga, y cuyas memorias, bajo el título *Toda la belleza del mundo*, ha publicado Seix Barral en su Biblioteca Formentor en traducción bipartita de Monika Zgustová (del capítulo I al 42 y Elena Panteleeva (del 43 al 90).

Imposible consentir la totalidad de un libro tan variopinto como el de este poeta que fue retrocediendo desde una poesía de carácter social a otra emparentada con el futurismo, y que firmó la Carta 77, del movimiento que se formó en defensa de los derechos humanos conculcados por la feroz represión comunista que siguió al aplastamiento de la liberal Primavera de Praga por los tanques soviéticos en 1968. Los recuerdos de Jaroslav Seifert van desde el ramo de flores de Mácha al champán del rey Fuad.

Nos detendremos en algunos.

En uno de sus capítulos evoca Seifert su amistad con el poeta checo Josef Hora: "Los versos de Hora, casi igual que los de Neruda, perduran en el conocimiento de muchos checos". (Se refiere al chileno Pablo Neruda, o al checo Jan Neruda, poeta, cuentista, folletinista, dramaturgo, cronista?) Trasmuchaba interminablemente con Hora y otros poetas. Uno de ellos acuñó una frase que consolara a muchos vates de esta Capitanía General: "También un poeta malo es poeta". Se amanecían conversando, discutiendo, bebiendo. "A veces también las alondras nos cantaban", recuerda Seifert aludiendo a Shakespeare. "¿Era una alondra, la pregonera de la mañana, no el ruiseñor?". No, no era el ruiseñor el ave que cantaba para ellos en esa plaza donde en aquel tiempo había puestos de flores, y donde, "desde la ventana de uno de los edificios, Mozart, al volver a casa por la noche y al quitarse la incómoda peluca, había contemplado el acogedor espacio. Los polvos desparrramados por la peluca parecen flotar to-

davía hoy sobre los tejados de las casas".

Aquellos noctámbulos pragueños no eran bulliciosos. Respetaban el sueño de los demás. Hasta el de las rosas: "También las rosas necesitan dormir por la noche". Se mostraban con ellas sabios, prudentes. No como los poetas de otras latitudes, que se han tomado con ellas toda clase de libertades. Los vates españoles del Siglo de Oro las hacían morir con el día que las viera nacer. Goethe permite que el salvaje niño quiebre a la rosita silvestre por el tallo (¿o por el tallo?). Aquí en Chile, ¿o en Fran-

cia?, el creador del creacionismo aconsejó hacerlas florecer no en el jardín, sino en el poema. Cuidado: las rosas se pueden tomar su desayuno. No olvidemos que un rosal mató con una de sus espinas, según informes confidenciales, a un crédulo poeta (creía hasta en las historias del buen Dios).

En otro capítulo se refiere Seifert a "la señorita Ulrika von Letztzow", la joven de diecisiete años de la que se enamoró perdiéndose, en el balneario checo de Marienbad, el consejero secreto del Gran Ducado de Weimar, Su Excelencia Johann Wolfgang von Goethe, de guapos setenta y cuatro años cumplidos. Dice melancólicamente Seifert: "Este verano voy a cumplir justamente la misma edad que tenía Goethe cuando se enamoró con tanto ardor de Ulrika".

Bueno, a todos nos tendrá que pillar la vejez, salvo a los elegidos de los dioses. Y algunos le harán una morisqueta a la muerte procurando trascenderla con la escritura de sus memorias.

De acuerdo, siempre que traten de redactarlas tan bien como Jaroslav Seifert.



El Mundo según Seifert [artículo] Fernando Emmerich.

Libros y documentos

AUTORÍA

Emmerich, Fernando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Mundo según Seifert [artículo] Fernando Emmerich.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile